

**GONZÁLEZ FABRE, Raúl. *Ética y economía. Una ética para economistas y entendidos en economía*. Bilbao: Descleé de Browver. 2005, 312 pp.**

El libro *Ética y economía* constituye un excelente material de enseñanza de economía en el nivel de pregrado. En dirección distinta al enfoque pedagógico basado en la suma de casos y sus correspondientes dilemas morales, el libro tiene un hilo conductor de principio a fin, que aporta convincentemente, con un mensaje sintético, sobre la necesidad de ser concientes de la naturaleza, ineludiblemente moral, de las decisiones económicas y sobre las limitaciones de la teoría de la elección racional en economía, en general, y en el enfoque neoclásico, en particular.

Se trata, pues, principalmente de un libro de ética y teoría económica sobre la ética y la *cultura* o estructura mental de los economistas, de los criterios para analizar las decisiones humanas propias de la profesión y no, por ejemplo, sobre la significación moral de los procesos de desarrollo y subdesarrollo económicos en el mundo de hoy y, menos aún, sobre la nueva institucionalidad necesaria para hacerle a la gente un lugar moralmente aceptable. Aunque hay capítulos que invitan a la *aplicación* presentando muchos temas de actualidad, buena parte de estos están seleccionados sobre la base del interés que concitan en el mundo intelectual de la profesión de economista, aunque sean de interés para todo ciudadano ilustrado. El libro es parte de la amplia colección *Ética de las profesiones*, dirigida por Augusto Hortal Alonso.

Todo lo anterior es evidente en el primer capítulo del libro, donde se exponen distintos criterios para definir al economista y se propone tomar en especial consideración las características de su formación intelectual. Si bien se recoge la visión que distingue a los economistas por el campo de la actividad humana en el que laboran —el dirigido

al aumento y distribución de la riqueza—, el acento en el libro es puesto, siguiendo a, y debatiendo con, el clásico trabajo de Robbins, en el tipo de racionalidad utilizada en las decisiones en general; esto es, insistimos, sin poner mucha atención a la naturaleza de los fines. Siguiendo este supuesto, es economista quien construye los criterios para sus decisiones sobre la base de la teoría económica y, particularmente, la teoría dominante en la actualidad, la neoclásica. En consecuencia, el libro consiste en un diálogo crítico con ese enfoque y con el ser humano que presupone. Este capítulo, junto con el final, es una buena introducción a la naturaleza académica y política de la disciplina profesional, en la medida que recoge tanto la función intelectual como la profesional, así como la de divulgación al público de las reglas de funcionamiento de la economía.

En el segundo capítulo establece que el hombre económico de la teoría neoclásica tiene serias limitaciones para expresar a los verdaderos agentes económicos. Una razón poderosa, aunque en el libro se presentan varias más, es que dicho *hombre* es, sobre todo, una construcción no para representar simplificada pero fielmente a dichos agentes, sino para hacer más fácil la elaboración de la teoría de la sociedad, que es el objetivo principal. El autor sostiene que el intento de la teoría económica de permanecer *libre de valores* sufre de limitaciones serias. «Nuestra tesis será que la economía neoclásica contiene un número de importantes afirmaciones morales en sus conceptos teóricos y en algunos de los axiomas básicos —en concreto, sus supuestos sobre el comportamiento humano» (p. 33).

La definición incompleta del agente económico dará lugar, en el capítulo final del libro, a un llamado a la modestia científica de los economistas en el momento de llegar a la verdad sobre el comportamiento de los agentes económicos y el funcionamiento de la economía. En este capítulo se encuentra una relativamente larga e interesante exposición (p. 45–64) de la génesis del *hombre económico*. La tradición cristiana, Maquiavelo, Mandeville, Newton, Smith, Stuart Mill, Bentham, alusiones a Hirschman, y a otros autores así como, por supuesto, a los fundadores del neoclasicismo, se revisan en función de llegar a la naturaleza de dicho hombre. El capítulo termina con un resumen de dos visiones sobre la moralidad de los agentes económicos. Una es la que supone en ellos una base moral que los

lleva a cumplir ciertas normas y guardar ciertos respetos, y otra, la que apoya sus argumentaciones en un agente totalmente amoral, que solo opera sobre la base de incentivos y que hace que los mercados puedan sobrevivir sin necesidad de agentes virtuosos.

El tercer capítulo, «Ética y Hombre Económico», es el central, recoge los anteriores, los amplía y profundiza. El autor denomina a su aproximación al tema *humanismo de amplio espectro*, define como humanistas «a todas aquellas escuelas de pensamiento que consideran a la libertad de las personas como la clave de la vida moral» (p. 75). La libertad moral es la más humana de las libertades, precisamente en cuanto al nombre del enfoque se propone el *humanismo cristiano de raíz clásica*.

La primera parte del capítulo especifica el significado de la ética. Para los efectos del libro en su conjunto conviene recoger las preguntas sobre la existencia moral de cada persona, las que resumen en tres: «¿qué estás haciendo de ti mismo con tus acciones concientes y libres?, ¿cómo estás afectando a los demás con esas acciones? y ¿qué mundo estás contribuyendo a construir?» (p. 79). La ética y la economía tratan ambas de elecciones humanas que tienen un momento descriptivo, uno analítico y otro normativo (p. 85).

Un punto que nos deja con apetito es el relativo al aspecto colectivo de la moralidad (p. 79–81) y a la socialización moral (p. 85–88). La brevedad de su tratamiento se debe seguramente a que el libro tiene que lidiar dentro de una parte del terreno propio del enfoque neoclásico y de su acento en el individuo asocial.

En efecto, el núcleo del libro se encuentra en el debate con la reducida visión de los criterios presentes en las decisiones que ilumina la teoría económica, especialmente la neoclásica. Ese debate incluye a los fines y a los medios involucrados en tales decisiones, así como a las motivaciones, de ahí la inclusión de un breve resumen del planteamiento de Amartya Sen, dentro de su tratamiento de la escasez (p. 96–98). De la economía convencional se toma el concepto de escasez como la base para elaborar la propuesta de aproximación ética al comportamiento de los agentes, que serán definidos como personas sometidas a la necesidad de elegir.

El núcleo de la propuesta consiste en destacar el carácter complejo de la escasez, de este modo, la *escasez compleja* proviene de la complejidad de las personas. Por ello, la crítica a la visión neoclásica del ser humano, del *hombre económico*, que ocupa una parte muy amplia del libro directamente o en inclusiones en medio del análisis de casos, es el punto de partida de la propuesta del autor. La escasez compleja es la que incluye no solo los bienes económicos sino también los bienes morales, los que son escasos en la existencia humana: las cualidades morales de la persona (ser disciplinados, justos, etcétera), las cualidades relacionales (ser amistosos, respetuosos, etcétera), las vinculadas al orden social (democrático, pacífico, etcétera) (p. 92).

Un aspecto importante del análisis económico es que los bienes económicos de los que trata la economía son *rivales*; esto es, se gastan, disminuyen o destruyen con su uso y se pierden para uno cuando se transfieren al otro. Por el contrario, los bienes morales «se acrecientan con su ejercicio y con el número de personas que participan de ellos. Si consigo hoy ser amable con una persona que me desagrada, mañana me será más fácil volverlo a ser» (p. 92). Los bienes morales son, pues, *no rivales*. Esto dará lugar a un reiterado análisis crítico de los métodos de análisis exclusivamente concentrados en la asignación de bienes rivales, que constituyen el núcleo de la teoría neoclásica. Una consecuencia de abrir esa camisa de fuerza será la de cuestionar el carácter no lexicográfico de algunos ordenamientos de preferencias. En otros términos, no todos los bienes son intercambiables por otros. Los bienes morales pueden tener un lugar en el vector de preferencias que no es negociable, como en el caso de decidir entre honestidad y dinero.

Contra la tradicional separación entre los comportamientos humanos relativos a la administración de los bienes económicos y aquellos a los bienes morales, el autor plantea que en las decisiones humanas de importancia para la economía están incorporados inevitablemente los aspectos morales. La complejidad del ser humano lleva a la complejidad de sus decisiones, no hay escapatoria a la confrontación con la escasez compleja: «En cada decisión económica tomada de manera reflexiva y libre, el agente modifica la distribución de bienes económicos, pero también en alguna medida su calidad moral, la calidad de las relaciones en que participa, y el orden social» (p. 93).

No hay, pues, dos momentos o aspectos separables, el económico y el moral, puesto que todo acto económico es, en sustancia, también moral.

El ejemplo que se utiliza para ilustrarlo es el que sigue (aunque no vamos a desarrollarlo plenamente). Una persona va a vender un reloj que se retrasa, en un mercado en el que permanecerá anónima, sin poder ser detectada por el comprador. Las alternativas del vendedor son: declarar el desperfecto y cobrar US\$100 en la venta, o no declararlo y recibir US\$200 al venderlo como si no hubiera tal desperfecto. La economía es distinta en cada caso, pues «el reloj me vale distintas cantidades de dinero según la justicia de la relación» (p. 94).

La moralidad también, ya que ese intercambio, en cualquiera de las dos alternativas, afecta la naturaleza moral y no solo económica de cada una de las personas involucradas, afecta también la relación entre ellas, al introducir razones para desconfiar en los futuros intercambios, y el orden social al introducir en el funcionamiento del mercado factores que lo harán menos fluido, más costoso. Vemos así de nuevo los tres niveles de preguntas morales. «Una condición de racionalidad de las decisiones humanas consiste en tomar en cuenta todos los aspectos involucrados» (p. 95). Más adelante reitera: «La discusión ética en Economía pretende precisamente poner de manifiesto todo lo que está en juego en cada situación, de manera que el agente pueda tomar decisiones racionales» (p. 95).

A partir del capítulo cuarto al sexto utilizan las distinciones señaladas para tratar un conjunto heterogéneo de temas teóricos o de la práctica social. El primero de ellos introduce directamente la dimensión social de los problemas y analiza la relación entre ética y política, más específicamente, sobre las sociedades económica y política y la necesidad de ampliar el análisis a situaciones que no se pueden entender sobre la base del individuo atomístico propio de la teoría económica. En crítica a la aproximación microeconómica a los fenómenos macrosociales, se argumenta en debate con Hayek, sobre su visión de los mercados, con las teorías de la organización y con las que llegan a incluir los bienes públicos.

La relación entre ética y política remite al problema del poder: «Si la Ética es el saber del ejercicio de la libertad moral, la Política es el saber del ejercicio del poder en las comunidades humanas...» (p. 137). En la medida que se define a la profesión de economista con un componente apreciable de actividad pública, resulta pertinente esta parte del libro. En ella se incluyen el análisis de los planteamientos de Coase y de Arrow dentro de una discusión sobre la *acción colectiva*, para dejar constancia de las limitaciones del concepto de sociedad de la perspectiva neoclásica.

El capítulo cuarto prosigue con el tratamiento del problema de los derechos de propiedad, de la competencia en la economía, del capital social y de la globalización. Entre ellos, a nuestro juicio, lo encontramos especialmente poco desarrollado, aunque bien señalado (p. 167–171), lo relativo a los condicionantes de la libertad de decidir, que provienen de las reglas de la economía y, en particular, de la competencia económica. El medular tema de la propiedad tiene muchos análisis en la literatura internacional, no así el de la competencia, insuficientemente tratado dentro del tema de la estructura de los mercados (p. 202–204). La dimensión relacional entre personas se ve especialmente afectada por la aceptación de dichas reglas. El orden social sería muy afectado, para bien o para mal, con otras reglas. De ese modo, por ejemplo, el autor podría ser más matizado en afirmaciones como aquella sobre el humanismo que propone y al que «se contraponen el estructuralismo, que intenta explicar la acción humana por determinantes externos a la decisión del sujeto» (p. 75).

El capítulo quinto versa sobre la justicia y la igualdad en la economía, lo que nos remite, siguiendo a Rawls, a las instituciones, pero también a un conjunto más amplio de actores de la sociedad. Los temas tratados incluyen los conceptos de justicia en general y económica en particular, los condicionantes, como el poder de mercado, el carácter voluntario o informado, el grado de necesidad o de compulsión en las decisiones individuales. El capítulo prosigue con un análisis de la problemática de la pobreza, la discriminación de género y justicia ecológica. Así, el libro propone ampliar la agenda del economista, de modo de aproximarla a las grandes problemáticas concretas del mundo actual.

El capítulo sexto introduce temas de actualidad más específicos si cabe. ¿Qué es comerciable y qué no debe serlo? es el interrogante con el que se inicia, volviéndose al tema de las preferencias lexicográficas. Luego siguen los temas morales presentes en el mundo de la publicidad, los relativos a los derechos de propiedad intelectual, al comercio justo y a la corrupción. Estos temas permiten discusiones más participativas y reelaboraciones en clase.

En el último capítulo se vuelve al hilo dejado en el tercer capítulo. La propuesta del autor se resume en el último capítulo y la recomendación no es que se deje de usar la teoría neoclásica, aunque sí sugiere que se puede utilizar varias, sino que se sea más conciente de los límites que tienen las teorías económicas en general para iluminar las decisiones económicas: «En conjunto, la figura moral del economista que trazamos no solo está muy lejos del Hombre Económico neoclásico sino también de la autocomplacencia del poseedor de un saber complejo inaccesible a los demás» (p. 301).

Se trata de un libro que apunta al cuestionamiento de los comportamientos humanos que se guían o se dejan influir por la teoría económica en general, pero especialmente de la neoclásica. En ese sentido, se sitúa en la tradición, y en la apuesta de Sen y otros, por incorporar una visión más compleja de las motivaciones y comportamientos humanos, individuales y sociales. El libro constituye una buena alternativa, por su sencillez, al libro de Hausman y MacPherson en el nivel de pregrado de la universidad, sin embargo, presupone algún conocimiento de microeconomía elemental, pues constituye una variante sencilla y bien hecha en la tradición de tratados más sofisticados como el de esos autores.

Javier Iguíñiz Echeverría  
Departamento de Economía de la PUCP